

# El “deterioro” del lenguaje

Ricardo Pallares

## 1

Los planteos y polémicas sobre la corrección idiomática y particularmente los referidos a la escritura, como todos los complejos asuntos de la lengua, son influidos por posturas políticas -en el amplio y generoso sentido de la palabra política y en el restringido también- así como por los valores de cultura de los que se trate.

La corrección y sus grados, como tal, está situada en el centro de la producción y del uso social del idioma. Está expuesta a la necesidad de entendimiento, a la interacción, a la resignificación de palabras y mensajes y al dinamismo de variados contextos concurrentes en la comunicación. Esos contextos tienen asimismo diversidad e interdependencia porque el idioma y sus usos suponen un código compartido y variables.

Casi siempre los juicios sobre la corrección tienen como referencia una ejemplaridad o un modelo más o menos presente, imaginario e ideológico, que se carga de intereses e ideas no lingüísticas. A veces los juicios sobre la corrección son intencionados y se enmascaran en apreciaciones fundadas en casuísticas peculiares y heterogéneas. A veces hay algún caso, episodio o escrito defectuosos que sirven para hacer generalizaciones alarmistas.

También es cierto que otras veces lo que se comparte entre las personas, más que la competencia idiomática, son pronunciaciones, yuxtaposición de palabras o enunciados, elocuciones incompletas o defectuosas, preconceptos, ideaciones, giros y expresiones hechas (a modo de rápidos ejemplos: “Todos son iguales, la diferencia es poca pero no entiendo nada”; “Cuando *puédamos* verán los resultados”; “En un corto lapso de tiempo pasa de todo”; “Todo tiempo pasado fue mejor y ahora nos robaron hasta el idioma que estaba por el suelo”).

Por estas razones entre otras tantas, el entendimiento suele ser parcial, diferido o compensado por los contextos y por códigos no lingüísticos como el de los gestos, los énfasis, miradas, pausas, etc.

Es probable que las fragmentaciones sociales, culturales, etarias y geográficas configuren verdaderas fronteras -reforzadas por las diferencias socioeconómicas- y que empobrezcan al lenguaje en algunas áreas y durante determinados lapsos. Así, se dan formas y situaciones subjetivas de comunicación parcial y fragmentaria cuando no son formas de incomunicación.

Los juicios y valoraciones acerca de lo que es correcto, incorrecto, pobre, adecuado, elocuente, etc. se apoyan entre otras cosas en paradigmas, modelos, teorías, creencias y estados de la opinión colectiva. Como se dijo, aunque no lo pongan de manifiesto, esos juicios siempre suponen la existencia de una referencia y se formulan desde algún lugar de autoridad o de poder.

Estos juicios y valoraciones son propensos a volverse casi dogmas o, al menos, a ser una normativa purista acerca del idioma que alcanza cierta abstracción cuando se contrasta la oralidad con la escritura.

Deberíamos tener en cuenta que además en las sociedades actuales los formadores de opinión también suelen colonizar el espacio de los significados, revalidarlos en escenarios no lingüísticos y construir estados de opinión más o menos generalizados acerca de las “pérdidas de nivel”, de “calidad” y “deterioro” del lenguaje.

Por lo común dichas opiniones también se acompañan de imaginarios e idealizaciones tanto como de intereses variados. La cristalización del pasado, por ejemplo, impide en algunas personas ver lo cambiante del presente y del lenguaje.

## 2

El actual proceso de cambio cultural parece acentuar los valores transitorios como los de la moda. El idioma, siendo parte de ese proceso, está expuesto además a la contingencia y es regulado por la conciencia idiomática y gramatical. También parece que es desregulado especialmente por las condiciones generales de producción y recepción de los mensajes verbales, escritos, visuales y de todo otro tipo.

Dichas condiciones generales de producción y recepción de los mensajes son espacios o “zonas” donde ocurre la interferencia y la intersección y por tanto, el lenguaje y los mensajes se pueden desnaturalizar fácilmente.

Hubo un impacto importante causado por la producción y circulación de mensajes electrónicos y audiovisuales que comúnmente son globales por sus contenidos y por las estandarizaciones del consumo que procuran. Es probable que hayan impactado de mala manera, según nos parece, especialmente en el código de la oralidad.

También los idiomas cambian de continuo; el cambio los constituye tanto como su relativa y aparente invariancia. A su vez ese cambio está dentro de otros cambios generales objetivos y subjetivos de la sociedad, la cultura y sus representaciones.

Para mostrar el cambio continuo basta pensar que el Corpus Diacrónico del Español registraba en 1974, 250 millones de entradas. Frente a ese “total” histórico, el Diccionario de la Lengua Española hoy reúne poco más de 90 mil. Y, si no recordamos mal, Cervantes solo usó poco menos de 5 mil palabras.

Los 250 millones del mencionado corpus recuerdan al símil homérico de las generaciones de las hojas que, como los combatientes muertos en la guerra funesta, caen siempre pero son sustituidas por otras.

En ese corpus es más lo que fue desplazado que lo que está instalado. En nuestra opinión todo cuanto se instala o configura en un idioma es expresión de una dinámica y deriva impredecibles. Pero, por de pronto, se puede decir que no hay idioma fuera de la historia ni idioma que no sea histórico.

Tampoco hay en él un presunto estado más o menos puro o ideal sino -como ya se dijo- hay un complejo y dinámico proceso de configuración, de amalgamamiento con todos los aspectos de la cultura de la sociedad de la que se trate, a través de una continua necesidad comunicativa; es a la manera de un universo líquido.

Estas realidades nos hacen pensar otra vez que la corrección idiomática en tanto que concepto y valor está asociada -vale repetirlo- a construcciones culturales, especulaciones, teorías y paradigmas. Por tanto la corrección o lenguaje estandarizado en tanto que herramienta comunicativa también está atada, condicionada e impregnada por los procesos socioculturales de cambio y ruptura.

### 3

Según decía Carlos Real de Azúa el uso del lenguaje también puede tener fallas según la deontología de la cultura y de la enseñanza por la que se opte porque, como se ve, la moral también concurre a la referida construcción.

En consecuencia no hay palabra mal dicha, escrita, pronunciada, mal ubicada o mal usada en un enunciado cualquiera, que queme a su idioma. Siempre los contextos parecen venir en auxilio del entendimiento; los errores son fallas, yerros temporarios.

Entonces, en resumen, si el asunto -en la oralidad, al menos- verdaderamente pasa por la comunicación y no por la corrección del lenguaje, el “deterioro” sería relativo, sería según la circunstancial apreciación de quien valora su uso y estaría vinculado con algún factor preponderante en determinada contingencia social y cultural.

En la oralidad el flujo de las ideas, gestos y sentimientos contribuye para asegurar que la actitud e intención comunicativa de los interlocutores sean determinantes.

A veces, en ciertas circunstancias, parece que reviven los poderes de un lenguaje primario y arcaico, hecho de palabras con fuerza de verdad e identidad con las cosas que nombra.

Sería un lenguaje en el que una noción o un concepto pueden generar otro relacionado, ya que gravitaría un conjunto de símbolos arquetípicos u originales de los que surgen ideas y probablemente irradiaciones de sentido que el sujeto hace suyas.

Luego de que ese significado se instala en la memoria cultural se actualiza en los sujetos de la interlocución movilizados por la necesidad de comunicación.

Según el usuario del que se trate, en estos casos se actualizaría un sistema primitivo que pone en correlación significativa a creencias, ideas, modelos, representaciones, redescubrimientos, modos de concebir y de sentir, esquemas referenciales, fantasmas e imaginarios.

Ahora bien, en referencia a la corrección, implícitamente reclamada por la creencia de que hay empobrecimiento del lenguaje, tengamos en cuenta que el asunto se vincula especialmente con la escritura.

Respecto de ella Emile Benveniste, ya en 1961, en *Tratado de lingüística general*, dijo que toda la humanidad habla pero solo una pequeña minoría hace un uso cotidiano de la escritura como instrumento. La escritura tiene un uso restringido por lo que Benveniste afirmó que en verdad la humanidad nunca salió de la época de los escribas.

Probablemente los referentes de ejemplaridad ejercen la vigilancia de la escritura mientras que a los actos de habla los “vigila” la necesidad de eficacia y los procesos espontáneos en la producción-recepción de los mensajes inmersos en lo cultural.

#### 4

Más acá en el tiempo Jürgen Habermas -kantiano y marxista- en su *Teoría de la acción comunicativa*, (1981, Cátedra.) sostiene que la ética discursiva, la democracia deliberativa y el estado de derecho son tres pilares necesarios para una nueva organización social, y que el mundo que nos rodea no es susceptible de ser conocido sino interpretado mediante patrones culturales y sobre todo lingüísticos.

De manera evidente Habermas otorga una importancia axial al uso correcto del idioma, tanto desde una perspectiva ética como desde las competencias requeridas para una participación crítica y deliberativa en las maltrechas democracias actuales.

Con relación al Estado de derecho la corrección o forma estandarizada también es importante porque el derecho se asienta en la claridad y precisión de la letra de las leyes tanto como en la interpretación correcta que se haga de ellas.

Habermas no lo dice en su obra pero se podría afirmar que para él el uso adecuado de las competencias idiomáticas sería una condición para la competencia comunicativa socialmente madura, responsable y activa.

Las ideas precedentes harían pensar que la corrección idiomática en los sistemas educativos se debe encarar con tolerancia y flexibilidad para asegurar la permanencia de los niños y los jóvenes y permitir así un equilibrio entre la instrucción, la formación, la socialización secundaria y la ciudadanía global.

Con relación al asunto del nivel o calidad resulta interesante tener en cuenta que en la década de los 60 del siglo pasado -en nuestro medio- los profesores de la Secundaria hacían consenso en un máximo de 5 a 7 errores ortográficos y o sintácticos como algo tolerable. En los 70 y 80 ese acuerdo oscilaba en los 12; en los 90 se podían encontrar, en la educación terciaria no universitaria, acuerdos que validaban la intención expresiva. En los 2000 se llegaba a acuerdos si había por lo menos legibilidad y conceptos básicos.

Esto ocurrió paralelamente al proceso de proletarización de los docentes y de la implosión de planes, programas y contenidos en la Primaria y la Secundaria, dado el aluvión de asuntos incorporados a las *currícula*. La argumentación se centraba en que los estudiantes cada vez acreditaban menos competencias por lo que hubo que compensar el fracaso y la ausencia de socialización primaria, de la aculturación básica y de la matriz idiomática materna.

Diferente es la cuestión del “nivel de calidad”, según nuestra opinión, en el sector terciario universitario y no universitario donde la corrección idiomática como exigencia debería ser deontológica e irrenunciable, por ser necesaria en el campo cognitivo y en el ejercicio socialmente responsable de las profesiones y actividades.

No se puede exigir a la Universidad que enseñe a quienes ingresan a codificar y decodificar convenientemente los mensajes orales y escritos, sean ellos cuales fueren. Pero parece indiscutible que con carencias idiomáticas de importancia no debe acreditar competencias ni otorgar titulaciones profesionales.

En algún momento, a cierta altura de la formación, en determinados contextos de producción y exigencias, los sistemas educativos tendrían que establecer exigencias en cuanto a los requisitos idiomáticos para poder egresar. Parece fácil pensar que el límite podría ponerse al final del bachillerato al tiempo de habilitar o no una demanda ante la Universidad. No obstante, la propuesta tiene aspectos críticos y polémicos, especialmente porque podría afectar la democratización de los accesos.

Parece claro que la educación actual debe encarar este asunto a riesgo de profundizar las prácticas de currículum oculto y de selección natural.

Asimismo los límites mencionados se deberían establecer con perspectiva democrática e integradora pero sin concesiones aunque haya que debatir sobre todo tipo de fantasmas, de presuntos fascismos y elitismos.

## 5

La incidencia de las tecnologías de la información y la comunicación en la pragmática comunicacional da lugar a diversas y heterogéneas minorías que hacen del lenguaje una estrategia entre pares, de carácter involuntariamente excluyente, individualista y casi iniciática.

También fue grande la incidencia de la masificación y de la deseable obligatoriedad de los sistemas educativos en cuyo seno la creciente desprofesionalización docente ha venido de la mano de una radical proletarización de extensión latinoamericana.

Además de las dificultades verificables parecen desmoronarse algunas zonas de la prestación de los aprendizajes. Parecería que las metodologías no estarían lo suficientemente actualizadas para asegurar esos aprendizajes. Tampoco para hacerlo con y sin discriminación positiva y con fuerza vinculante con la ciudadanía global y las sostenibilidades de tipo socioecológicas.

No podríamos pensar cambios en los sistemas públicos obligatorios sin antes formar nuevas generaciones docentes con competencias cognitivas en sus campos de especialización y con competencias pedagógicas permanentemente actualizadas. Como es sabido los docentes deben reunir las competencias emergentes de dos epistemologías fundamentales en su formación: la del saber (disciplinar o de un campo) y la del saber hacer y gestionar (didáctico-pedagógica).

Desde que la cultura no se hereda la adecuación y eficacia idiomática de los individuos se vincula mucho a la enseñanza que recibimos. Ni hablar de la transmisión materna de la lengua. Pero es la transmisión formal de los diferentes sistemas institucionales la que tiene que calificarse con vistas a sus fines. Tendría que hacerlo con fueros autonómicos dentro de los diseños políticos surgidos de la sociedad.

## 6

Ahora bien, tengamos en cuenta que hasta finales del s. XIX las mayorías no sabían leer ni escribir. Se incorporaron con muchos altibajos según el proyecto industrial de la burguesía que necesitaba la alfabetización como insumo para la producción. Pero entonces el objetivo no era la alfabetización en sí ni la corrección en el uso del idioma sino los mayores y mejores beneficios para el capital. Se mejoraban los beneficios a través de la creciente eficiencia de los obreros que al saber leer calificaban su instrucción y desempeño y obtenían mejores resultados productivos.

Fue así que en los estados nacionales modernos las escuelas primarias y después las secundarias hicieron suyo el objetivo de la alfabetización general aunque nunca lo lograron. Nuevamente: nunca salimos de la época de los escribas.

La incorporación de numerosos contingentes a las escuelas trajo acarreada una crisis de fines y de contenidos que agravaron y acentuaron el retraso relativo e inevitable que la institución educativa tiene de por sí con relación al desarrollo cultural, científico y tecnológico de la sociedad de pertenencia. Concomitantemente la proletarianización de los profesionales y encargados de la educación, como se dijo, hizo lo suyo al desmerecer inevitablemente los resultados.

En otro orden de cosas hoy sabemos que quienes son capaces de diseñar y actualizar un software y otras herramientas informáticas, son una minoría no autónoma. Especialmente en robótica e inteligencia artificial. Sabemos que hoy los investigadores y científicos que logran hacer su tarea con autonomía de los centros de financiación habilitantes, también son otra minoría.

Por añadidura las tecnologías autónomas mencionadas parecen aumentar la brecha entre los usuarios comunes y los diseñadores.

En resumen: parecería que el asunto sigue pasando por la comunicación y por el poder más que por la corrección y que los organismos encargados de la enseñanza, estudio y vigilancia de la corrección y eficacia idiomática deben continuar y diversificar permanentemente sus acciones.

El lenguaje no estaría deteriorado sino que experimentaría modificaciones en su uso al atravesar el actual cambio cultural, el cambio profundo de la cuarta revolución tecnológica y el impacto de las condiciones de marginación y exclusión de las mayorías.